

Y después de aquel hecho sangüinario,
Con paso temerario
En pos de Citlalpul loco se lanza.
Al palacio penetra de Tzatzuma,
Y en un lecho de pluma
A Citlalpul encuentra su esperanza.

— Te buscaba mi anhelo delirante,
Le dice palpitante,
A mi rival odioso he dado muerte
Para matar el celo que me ofusca,
Y aquí vengo en tu busca
Con la esperanza dulce de vencerte.

— Odioso Tlilancalqui, le contesta
Con ira manifiesta
La seductora Citlalpul llorando,
La muerte en el instante aquí te diera
Si darte algo pudiera
Mi herido corazón que está sangrando.

— ¡Citlalpul! ; Citlalpul! — Atrás, tirano,
— Tu suerte está en mi mano
Y en pago de mi amor, tu amor exijo.
— Mi desprecio te doy y mi odio entero.
— Pues bien, vengarme quiero,
Voy á cortar la vida de tu hijo.

Y cual pantera por el hambre herida,
Que deja la guarida
Por lanzarse voraz tras de la presa,
Se aleja Tlilancalqui con anhelo
Sin susto ni recelo,
Y ya juzgando que logró su empresa.

Recorre del palacio de mil modos
Los aposentos todos,
Sin que su afán encuentre lo que ansia.
Pregunta, inquiere, se lamenta y busca,
Y su razón se ofusca
Al encontrár inútil su porfía.

Da reposo á su cuerpo ya rendido
Y se juzga vencido
En la terrible lucha que sostiene,
Como el roble que cuenta cien edades,
Tras largas tempestades
No puede resistir y al suelo viene.

Un sirviente por fin le da noticias
A su afán no propias:
De Citlalpul el hijo se ha salvado;
La nodriza fiel que lo asistía,
Al coménzar el día
Por orden de la madre lo ha ocultado.

Frenético de amor, de celos loco,
Se yergue poco á poco
El vencedor guerrero ya repuesto.
Buscando á Citlalpul, camina triste,
Si á sus ruegos resiste
A matar á la ingrata va dispuesto.

En ningún aposento da con ella.
— ¡Adónde está la estrella
Que mis cansados pasos ilumina?
Pregunta luego con dolor insano,
Y tendiendo la mano
Un esclavo responde: — Allá camina.

Veloz como la ságitas en el viento,
Tlilancalqui al momento
Voló tras de su bien que se alejaba.
A Citlalpul defienden sus esclavos
Indómitos y bravos,
Y desigual combate allí se traba.

Cayeron los esclavos uno á uno
Sin salvarse ninguno,
Venció de Tlilancalqui el rudo empeño,
Y tras la lucha en que quedó triunfante
El invencible amante
Juzgóse ya de la beldad el dueño.

Con la voz temblorosa de alegría:
— Por fin te llamo mía,
Tlilancalqui exclamó con arrebató.

Citlalpul sin hablar, con pié ligero,
Se aparta del sendero
Y rápida camina breve rato.

Venciendo del terreno la aspereza,
Camina la belleza....
Tlilancalqui á seguirla se previene.
Entonces ella, de su afán el blanco,
Al borde de un barranco
A esperar al guerrero se detiene.

México, 1886.

EDUARDO NORIEGA.

(Concluírá.)

EL ARTE Y LA VIRTUD.

Á LA MUY APRECIABLE Y SIMPÁTICA SRITA. ISABEL ZALDÍVAR.

En el piano, ya imitas el sonido
De campanillas de cristal y de oro;
Ya de voces dulcísimas el coro
Que arroban y embelesan el oído;

Ya del bosque y la fuente el suave ruido
O de tórtola amante el triste lloro;
Ya de las aves el cantar sonoro,
O del cañón y el rayo el estallido.

A la música uniendo la poesía
Interpretas las notas con dulzura
Que dan al corazón grato consuelo:

Con tan precioso dón hace armonía
La modestia que cubre tu alma pura:
¡La mejor dote que te ha dado el cielo!

México, Marzo 31 de 1886.

RAFAELA OLVERA.

Á UNA ARTISTA GRANADINA.

Yo comprendí á *Desdémón*, mirando
En tu semblante su afición secreta,
Como he visto en tus ojos fulgurando
La pasión y las ansias de *Julieta*.
Fedra te vi salvar las tempestades
Que el olvido arrojó sobre la historia,
Y alzar de su sepulcro á las edades
Que arroja con su túnica la gloria.
Ira que sobre el crimen centellea
Y en el humano corazón se escuda,
Viviente tradición te ví en *Medea*
Y el alma al admirarte quedó muda.
Adriana, por sublime te pregonan
Cuantos te ven interpretar serena,
Esos grandes martirios que coronan
Las frentes de las reinas de la escena.
¡*Sor Teresa!* al mirarte prorumpimos
En un hurra triunfal, y con las palmas,
Premios del vencedor, allí te dimos
Los símbolos de amor de nuestras almas.
¡*Maria Antonieta!* Erguida en tu nobleza,
Soberbia en el dolor y en la fortuna
Reclinaste tu espléndida cabeza
En donde alzó la libertad su cuna.

El vulgo indiferente que no aprecia
Cómo vuela con solo una mirada,
A los campos hoy secos de la *Grecia*
Una flor de la vega de Granada,
No te comprenderá, ¿cómo podía
El reptil ver al sol, con el orgullo
Con que lo ven las águilas, María?
Eres el himno, el cántico, el arrullo....
Para gloria de todos has nacido
Y es la gloria la luz de tu estandarte;
Tu augusto nombre quedará esculpido
Bajo los templos góticos del arte.